

El pensamiento militar español ante las crisis marroquíes (1885-1898)

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

Doctor en Historia Contemporánea

Introducción

En el último tercio del siglo XIX, Marruecos era objeto de las apetencias de las grandes potencias europeas, tanto por sus presuntas riquezas como por su valor como mercado. Su situación geográfica le confería, además, un importante papel geoestratégico, con una costa que se prolongaba desde el mar de Alborán al océano Atlántico, articulándose ambos sectores en torno al Estrecho.

Estas apetencias, en medio de la concurrencia internacional por obtener nuevas colonias, se veían reforzadas por la debilidad estructural del estado marroquí. Si esa fragilidad hacía más apetecible y fácil su conquista, el juicio sobre Marruecos, a la que se veía como una sociedad atrasada y caduca, no hacía más que justificar la injerencia de otras naciones más civilizadas que, basándose en lo que Kipling llamó «la responsabilidad del hombre blanco», se consideraban autorizadas a extender, incluso por la fuerza, las ventajas de su superior civilización a otros pueblos menos afortunados¹.

Y el caso de Marruecos parecía claro: el sultán apenas dominaba efectivamente un quinto del territorio, el «bled el majzán», incluyendo la mayor parte de la costa atlántica de Tánger a Agadir, y enclaves como Tetuán, Fez, Mequinez y Marraquesh. El resto era «bled es siba», que sólo reconocía al sultán una cierta supremacía religiosa. A éste pertenecía el Rif.

La autoridad del sultán estaba además disminuida, así como la eficiencia del estado, por la pervivencia de un mosaico feudal y tribal en constante

¹ Para el encuadre de la cuestión y una sumaria bibliografía, ver RODRIGUEZ GONZÁLEZ, A. R.: «El conflicto de Melilla en 1893», en *Hispania*, núm. 171, CEH-CSIC, Madrid, 1989, pp. 235-266.

agitación. Así, recaudar impuestos o reclutar tropas eran pesadas tareas que, a menudo, exigían la violencia física por parte del monarca y de su reducido y anticuado aparato estatal. Cada sultán, tras asegurarse una normalmente disputada sucesión, veía su reinado envuelto en una larga serie de luchas, en las que debía participar personalmente para asegurar un éxito siempre precario. Tal cuadro no podía más que avivar las apetencias europeas.

A Gran Bretaña le preocupaba la seguridad del Estrecho, Francia deseaba expandirse desde Argelia, Italia intentaba que no se repitiera el caso de Túnez, en donde Francia impuso sus intereses. Alemania desarrollaba allí su comercio, como las anteriores, pero sus reivindicaciones no tomaron un peso determinante hasta el cambio de siglo.

Sólo el desacuerdo entre estas potencias, aparte de España cuyo caso analizaremos con mayor detenimiento, impidió que Marruecos fuera repartido a finales del XIX. Como es de sobra sabido, una vez que se alcanzó ese acuerdo, aunque se obtuviera marginando a alguna potencia, el reparto fue un hecho. Pero mientras el acuerdo llegó, las potencias intentaron por diversos medios y en distintas situaciones aumentar su influencia en el país y en la corte marroquí, pese a que oficialmente todas aseguraban mantener el más estricto respeto al *statu quo* establecido en el Tratado de Madrid en 1880. Habida cuenta de la situación de Marruecos, era fácil efectuar reclamaciones diplomáticas por agresiones a residentes europeos o a embarcaciones de comercio o pesca, sustraer con la «protección» súbditos, tierras y bienes al poder del sultán, comprometer su nada boyante hacienda con exigencias de indemnizaciones, préstamos y ofrecimientos de ayuda militar, tanto en material como en asesores. Pero si alguna potencia obtenía alguna ventaja o trato más favorable, el resto exigía rápidamente la equiparación.

La política española en el área

El régimen de la Restauración, al menos hasta 1898, actuará en política exterior, y salvo alguna iniciativa aislada, siguiendo tres ejes fundamentales: neutralidad en Europa, defensa en Ultramar y expansión en África.

En lo que se circunscribe a Marruecos, esa política se concretará en intentar hacer efectivas las ventajas conseguidas por el Tratado de Wad Ras de 1860, desde la obtención de Santa Cruz del Mar Pequeña a la cuestión de los límites de Melilla, desde el tráfico comercial a las misiones cristianas. Pero no por ello, y pese a esta posición de ventaja sobre otras potencias, se renuncia a otras formas de actuación en el área.

De hecho, España se ve en creciente inferioridad de condiciones militares y económicas, por lo que verá con grandes recelos que otras potencias discutan los que se consideran como derechos exclusivos de España.

Africa en general, y Marruecos en particular, serán los objetivos colonizadores que se marquen toda una serie de pensadores españoles, con un amplio espectro generacional e ideológico, desde Cánovas hasta Costa. Todos recalcan, aunque con importantes matices, que la tarea, al mismo tiempo que mostrará la vitalidad de la raza española, significará un gran beneficio para ambos pueblos, aparte de otros factores históricos, estratégicos o comerciales.

Sin embargo, muchas de estas propuestas se revelaban como utópicas al observarse simultáneamente el estado de atraso de España con respecto a Europa, sus graves problemas internos, más aplazados que resueltos y la necesidad de defender un Ultramar que se sabe amenazado. Por otro lado, las líneas de actuación sugeridas oscilaban frecuentemente entre la ambigüedad y la más pura utopía. Un Cánovas consciente de esta situación, y vuelto ya de sus pasados fervores africanistas, creyó salvaguardar los intereses españoles consiguiendo un «consenso internacional» en la Conferencia de Madrid de 1880, en la que las potencias se obligasen a respetar el *statu quo*.

Por más que realzara el prestigio de Cánovas como personalidad política, lo cierto es que los próximos a los círculos e ideas africanistas pudieron aducir que el Tratado era decepcionante: España parecía ceder su papel de potencia más interesada en Marruecos, admitiendo la paridad con otras. De otra parte, no podrían evitarse nuevas presiones europeas ante la reiteración de incidentes, ni se garantizaba nada en caso de estallar una crisis, y tal vez el respeto al *statu quo* podía suponer para España la pérdida de ventajas concedidas en 1860, pero que aún no se habían hecho efectivas.

Por ello, y pese a los intentos de 1878 y 1882 por concretar la cesión de Sidi-Ifni, ésta tuvo que aplazarse para un mejor momento. Paralelamente, Cánovas se vio obligado a apoyar la expedición de Bonelli al Sáhara en 1884, declarando al territorio bajo protección antes de que se hiciesen más fuertes los intereses británicos en el área².

Crisis e incidentes 1885-1893

Como ya se ha dicho, era previsible que unas y otros menudearan en los años siguientes, aunque España, por motivos obvios, fue una de las naciones europeas más afectadas, no fue tampoco la única en pretender utilizarlos en beneficio propio. Sin embargo durante la primera, en 1885, no pudo capitalizar adecuadamente los hechos (un gravísimo ataque contra Alhucemas) por la difícil situación por la que pasaba el país: crisis de las Carolinas, epidemia de cólera y muerte del rey don Alfonso XII.

² FERNANDEZ RODRIGUEZ, Manuel: *España y Marruecos en los primeros años de la Restauración (1875-1894)*, CSIC, Madrid, 1986. Sobre los acuerdos de 1880 Vid SALOM COSTA, Julio: *España en la Europa de Bismarck*, Madrid 1963. Cap. VI, pp. 311 a 380.

Dos años después corrió el rumor de una próxima muerte del Sultán, Muley Hassán. El temor a la explosión de una contienda civil en Marruecos es evidente, y bajo la influencia de Segismundo Moret, entonces ministro de Estado, se ordenó concentrar ocho batallones de infantería, con apoyo de otras armas, en los puertos del sur de la Península, mientras se enviaron dos cruceros de la Armada a Tánger para informar y realizar un acto de presencia.

Estas medidas provocaron el temor en las cancillerías europeas de que España intentara aprovechar la crisis sucesoria como un «CASUS BELLI», así que inmediatamente se enviaron notas de protestas y buques de guerra británicos, franceses e italianos fondearon en aguas marroquíes.

El gobierno español tuvo que ceder, pretextando que las tropas eran necesarias para poder reforzar fácilmente las guarniciones de Ceuta, Melilla y los presidios menores en caso de agresión. Paralelamente se tuvo que renunciar al islote del Perejil, reivindicando por España y donde se pensaba instalar un faro.

En 1889 la crisis llega al máximo: sucesivamente es apresado un mercante español al entrar por avería en el puerto de Agadir, son asesinadas la hermana y criada del médico de la misión militar española recientemente abierta en Casablanca, de nuevo es apresado otro buque en Alhucemas y, por último, en esas mismas aguas, y cuando el cañonero «Cocodrilo» investigaba los hechos, es tiroteado desde la costa, respondiendo el buque con fuego de cañón y fusil. La cuestión se agrava aún más ante los reiterados rumores de que el Sultán ha reunido un ejército desconociéndose sus intenciones al hacerlo (al parecer se trataba de una operación de policía interna). Una escuadra española fondea en Tánger y Casablanca para apoyar las reclamaciones y hacer ostentación de fuerza. Se obtiene lo exigido, pero nada asegura el futuro.

En 1890 se produjo un tiroteo entre fuerzas españolas y los rifeños en el campo de Melilla, con bajas por las dos partes. De nuevo hubo reclamaciones apoyadas por un despliegue naval. Poco después, una sublevación en Tánger provoca que las escuadras de las potencias se concentren allí, frustrándose ahora una iniciativa británica. Los incidentes siguieron sucediéndose continuamente, según *El Imparcial*, diario español del XII-1890 a VIII-1893, habían sido apresados tres mercantes españoles, otro más es tiroteado, así como el cañonero «Pilar»; los choques en Melilla han producido cuatro muertes de españoles.

El efecto acumulativo de tales hechos, ampliamente difundidos por la prensa, sacó la cuestión de Marruecos de los círculos oficiales o africanistas, dándole una proyección mayor en la sociedad española. La conclusión general era la necesidad de una política más decidida en el área, cuando no claramente intervencionista. Al malestar causado por los incidentes se unía el provocado por la dificultad manifiesta para obtener desagravios, indemnizaciones y castigo para los culpables. Para los intervencionistas, si el

Sultán no podía evitar la repetición de tales desmanes y sólo con lentitud (o renuencia) podía atender las reclamaciones, estaba claro que o el monarca era impotente en su propio estado o era cómplice, lo que justificaría en ambas alternativas una política que recurriera a las armas³.

La mejor prueba de cómo la tensión iba creciendo, está en este editorial de *La Epoca*, órgano del prudente Cánovas: «... No podemos, no debemos permanecer pasivos ante los sucesos que ocurran o dejen de ocurrir en Marruecos. Allí hay un Imperio en parte apenas civilizado y en otra parte sin civilización alguna, allí la civilización ha de entrar como ha entrado en todas partes, la historia lo dice: en las hojas de las espadas o en los cañones de los fusiles. Bueno y noble es que no seamos pérfidos, que no seamos agresivos, que saltemos por encima de la equidad y la justicia para ganar tierras y gentes..., pero no seamos tan simples que dejemos que otros tomen en nuestras barbas aquello que, por muchas razones, estamos en el caso de tomar antes que nadie. El porvenir de nuestra política exterior está en Africa, esto no hay quien lo ignore, se ha dicho y se ha repetido hasta la saciedad, pero téngase en cuenta que como el tiempo pasa, y no en vano, ese porvenir va a convertirse en presente. Y para tal caso, si no es bien que estemos con el arma encarada, a guisa de matón, tampoco lo es que estemos con el arma arrinconada, a fuer de desprevenido. Estemos como debemos estar: arma al brazo»⁴.

La situación del ejército

Como es de suponer, toda la cuestión preocupaba seriamente a las Fuerzas Armadas, las colecciones de diarios como *La Correspondencia Militar* o de *El Correo Militar* son buena prueba de ello.

Pero además de los sentimientos comunes a otros sectores del país, y como hemos visto, tan cercanos a una visión militar del problema, el ejército lo analizaba inmerso en una situación poco boyante. Pese a que la llamada «cuestión militar» parecía, a primera vista, resuelta por la Restauración, lo cierto es que persistían algunos problemas y surgían otros, no siendo las últimas intentonas republicanas instigadas por Ruiz Zorrilla más que una mínima expresión de dicho descontento.

La hipertrofia del escalafón, la pugna entre las armas especiales y las generales, la insatisfacción de los suboficiales, junto con otras cuestiones, y unidas la polémica sobre el servicio militar, provocaron un permanente estado de insatisfacción. Y todo ello se daba mientras el acelerado des-

³ RODRIGUEZ GONZALEZ, A. R.: *Política Naval de la Restauración, 1875-1898*, San Martín, Madrid, 1988, apart. 6.4.1, pp. 558 y sigs.

⁴ Diario *La Epoca*. «España en Africa», 15-IX-1889.

arrollo de los nuevos armamentos y técnicas implicaba una profunda reorganización de los ejércitos europeos. El reformismo, cada vez más necesario, ejemplarizado por el proyecto de Cassola, pronto fue frenado por fuertes resistencias, con lo que crecieron tanto los problemas como el malestar.

Al final, las reformas del general López Domínguez, imbricadas en la política del partido liberal de «presupuestos de la paz» acordes con la difícil situación económica y hacendística del país, terminaron por significar un recorte presupuestario que supuso a su vez el cierre de la Academia General en 1893, la reducción del contingente de reclutas movilizados, nuevos problemas en el escalafón y la disminución de los fondos para adquirir nuevos armamentos⁵.

En esta situación Africa parecía un terreno apto para conseguir un nuevo prestigio y atención para el ejército. El recuerdo de la campaña de 1859 estaba muy cercano, y la guerra se valoraba muy favorablemente, tanto en el orden patriótico como en el militar. Añadir, tras una corta y poco costosa lucha, un nuevo territorio a los dominios de España, parecía uno de los mejores servicios que podía prestar un ejército que, tras las duras campañas del «Sexenio», parecía embotarse en sus problemas internos y en una vida de guarnición que ofrecía escasas perspectivas de promoción y prestigio, por no hablar de lo referente al salario.

Si las operaciones coloniales se dilataban, como en el caso de Francia en Argelia, la valoración era también positiva, pues se recordaba cómo esas prolongadas luchas habían sido la mejor escuela para el ejército francés, al mismo tiempo que le conferían una digna misión en el exterior. Incluso Ruiz Zorrilla, que no dejaba de intentar atraer a los militares, defendió «una política africana activa» como medio de incentivar al ejército en una época donde, y salvo por lo referente a las lejanas Filipinas y Carolinas, las posibilidades de acción eran muy limitadas.

Pese a todo, se era generalmente consciente de que la situación del país imposibilitaba una política de aventuras coloniales, y que en lo referente a Marruecos se estaba hipotecado por una difícil situación internacional.

El conflicto de Melilla

Desde 1884 se había comenzado la construcción de fuertes en el perímetro de la plaza, escenario de tantos incidentes, así se erigieron Camellos, Rostrogordo, los dos de Cabrerizas, etc. En 1887 se decidió construir otro punto de vigilancia cerca de Sidi Guariach, una mezquita y cemente-

⁵ CARDONA, Gabriel: *El problema militar en España*, Historia 16, Madrid, 1990 ofrece una apretada síntesis, así como una bibliografía de obligada referencia, enre la más reciente, ver NUÑEZ FLORENCIO, Rafael: «El presupuesto de la paz, una polémica entre militares y civiles en la España finisecular», en la revista *Hispania*, núm. cit., pp. 197-234.

rio musulmanes. Las peticiones de los rifeños para que se suspendieran las obras por motivos religiosos fueron reiteradas. Al parecer, temían que las mujeres que asistiesen a los ritos fueran molestadas u observadas por la guardia del puesto. Aunque España, como es obvio, se reservaba el derecho de construir dentro de sus límites las fortificaciones que tuviera por conveniente, el deseo de evitar un conflicto retrasó varios años su inicio.

Por fin, en 1893, se ordenó al comandante general de la plaza, general de Brigada, don Juan García Margallo, que las comenzase. No dejó éste de señalar a sus superiores la posibilidad de un conflicto y la necesidad de refuerzos, pues la fuerza a su mando sería insuficiente: apenas 1.246 hombres, no todos disponibles, del Regimiento Africa, Batallón Disciplinario, Sección de Caballería y destacamentos de Artillería e Ingenieros. Como mano de obra se utilizarían los penados del Presidio.

Comenzadas las obras a fines de septiembre, pronto se advirtió que los rifeños deshacían por la noche lo construido durante el día. Margallo, en constante comunicación telegráfica con el capitán general de Málaga y con el ministro de la Guerra, recibió orden de impedirlo, pero no refuerzos.

Se dejaron por tanto para custodiar las obras por la noche a una sección de infantería más otra de ingenieros, aparte de los desarmados penados. En la mañana del 2 de octubre las obras fueron atacadas por sorpresa por los rifeños. La necesidad de guarnicionar la plaza y los fuertes hizo que la columna de socorro, encabezada por Margallo, apenas llegara a los 300 hombres⁶.

Ante una evidente inferioridad numérica, los españoles no tuvieron más remedio que batirse en retirada, abandonando las obras. Se destacaron en la refriega tanto la caballería como un numeroso grupo de paisanos de la plaza que, en la eventualidad, tomaron las armas. Las bajas fueron sensibles, sumando 19 muertos y 29 heridos. Lo más doloroso fue que al recoger los cadáveres, éstos habían sido objeto de salvajes tratos y amputaciones.

En España la reacción fue muy intensa, tanto la prensa como altas personalidades pidieron una rápida y contundente respuesta. Se pensó que podía tratarse de un *casus belli* que pudiera justificar la tan anhelada expansión española en Marruecos. Pero el Gobierno, no cabe duda que sorprendido por los acontecimientos, reaccionó de forma muy prudente. Tras evacuar consultas con otras potencias, pronto quedó claro que éstas sólo admitirían que España castigase a los rifeños, pero sin ocupar territorios y sin llegar a un enfrentamiento con el Sultán. Además, y debido a la reorganización de López Domínguez y a las economías antedichas, la situación del ejército no era la más favorable para emprender rápidamente una campaña.

La opinión pública pedía, en ruidosas y multitudinarias manifestaciones, que se vengara cumplidamente la agresión, pero López Domínguez ve-

⁶ La más detallada descripción de la campaña en LLANOS Y ALCARAZ, Adolfo: *Historia de la Campaña de Africa en 1893-94*, Madrid, 1894.

ía el asunto con más prudencia: «No creo que los sucesos de Melilla sean inusitados, ni tengan siquiera la gravedad que la opinión pública ha querido atribuirles. Es muy sensible lo que allí ha ocurrido, pero hechos como ese se han repetido hasta lo infinito en la historia de todos los países, y reto a que se me cite un solo caso en que una nación que ha sufrido ataques de esa naturaleza haya creído que necesitaba declarar la guerra para vengar la ofensa inferida por unos salvajes.

«¿Qué se pretende? ¿Quieren que conquistemos el Rif? ¿Quiere la Patria hacer el sacrificio de hombres y de dinero necesario para tamaña empresa?»

«Llevar un ejército de diez o doce mil hombres a Melilla, atacar a las cábilas, internarlas y destruir cuanto se encuentre al paso, para retirarse luego, ni es eficaz ni a nada verdaderamente útil conduce. Dueñas otra vez del campo las cábilas, reconstruirán lo que hubiéramos destruido y volverían a ocupar las posiciones que ahora tienen.»

(El general se extiende sobre las dificultades que ofrecía Melilla como base de operaciones, al tener un mal puerto, la dificultad para alojar allí crecidos contingentes en condiciones higiénicas aceptables, etc.), y concluye:

«El Gobierno cree que toda tentativa en ese sentido sería una verdadera demencia, entiende que cuando la Patria lo exige se puede pedir el sacrificio de un centenar de sus hijos, o de un millar, pero que está a la vez obligada a economizar su sangre si ésta ha de verse en verdaderos simulacros de guerras de todo punto estériles para el honor de nuestras armas.»

«Con dolor se resigna de antemano a tan dolorosa prueba, exigida en honra de la bandera nacional, pero no está dispuesto a arriesgar una sola vida más de las absolutamente necesarias para que se satisfaga aquel patriótico compromiso»⁷.

Aunque tal postura fue mal acogida, el Gobierno, preocupado por el posible estallido de una crisis internacional, se aferró a dicha norma de conducta. El incremento de la tensión mundial es evidente: la escuadra rusa visita Francia, prefacio de una alianza entre ambos países contra la emergente Alemania, Gran Bretaña envía una escuadra al Estrecho, preocupada por la crisis africana y la estancia de la escuadra rusa en puertos españoles.

Mientras, la situación en la plaza y campo de Melilla es tensa: los rifeños construyen trincheras dentro del campo español y el «paqueo» produce seis heridos en las filas españolas hasta el 26 de octubre. Por parte de la Armada se envía al cañonero «Cuervo» que es a su vez tiroteado cerca de Tres Forcas, con el resultado de un herido leve, poco después llega el crucero «Conde de Venadito», que el 21 de octubre bombardea con sus piezas menores las posiciones enemigas.

⁷ *El Liberal* de 6-X-1893.

Los refuerzos que van llegando son muy escasos: el Batallón de Cazadores de Cuba con 356 hombres, el Regimiento Borbón con 648 hombres y algunas tropas de artillería e ingenieros, además de una sección de 60 hombres de los Cazadores de Puerto Rico y Regimiento Saboya con fusiles Mauser, arma que iba a sustituir a los ya veteranos Remingtons reglamentarios.

El 27 de octubre Margallo, que ya se sabe relevado por el general Macías, intentará en una decidida operación despejar el campo. Los rumores y comentarios sobre que se permitiera ocuparlo impunemente a los rifeños, mientras una Comisión Técnica llegaba de la Península estudiaba el terreno, no habían callado un solo momento.

Pero el enemigo se había reforzado mucho, y sumoral estaba muy alta tras el anterior éxito. La fuerza de Margallo fue rechazada, quedando aislado con su general un núcleo de más de 1.000 hombres en el fuerte de Ca-brerizas, lo que significaba más de la mitad de la fuerza efectiva. En el fuerte la situación es pronto desesperada: falta espacio, municiones, medicinas, agua y alimentos, mientras crecen las bajas y arrecia el fuego enemigo que se acerca peligrosamente a muros, puertas y aspilleras.

La plaza, en precario, apoya con el fuego de sus baterías a los cercados, pero muchos de los emplazamientos de las piezas son defectuosos y los cañones antiguos en una alta proporción. Tiene gran relieve el bombardeo del «Venadito», que se prolonga durante la noche gracias a su reflector.

A la mañana siguiente Margallo ordena una salida desesperada, que al fin tiene éxito al ser apoyada desde la plaza por el Batallón Disciplinario. Una pieza de campaña perdida es recuperada por la heroica conducta del teniente Primo de Rivera. Las bajas han sido cuantiosas: el propio Margallo ha resultado muerto y hay otros 19, así como 65 heridos.

La situación, muy peligrosa, comienza a aclararse con la llegada del nuevo gobernador de la plaza, general Macías, con tres batallones de cazadores.

Se impone, sin embargo, suministrar con víveres, agua y municiones a los fuertes, que han quedado aislados, y para ello se organizan fuertes convoyes los días 30 de octubre, 2 y 3 de noviembre, con el resultado de nuevos combates y una pérdida total de cinco muertos y 36 heridos. Mientras, se ha destacado de la Escuadra, que permanece en aguas peninsulares, una división con los cruceros «Alfonso XII», «Isla de Cuba» e «Isla de Luzón» que se unió al «Venadito» en el bombardeo de no sólo las líneas enemigas, sino de toda la costa inmediata.

Paulatinamente fueron disminuyendo los combates y tiroteos, mientras un continuo flujo de refuerzos empezó a fluir de la Península a la Plaza. La fuerza expedicionaria llegó a contar con unos 23.000 hombres, puestos al mando de uno de los mayores prestigios militares de la época, el capitán general don Arsenio Martínez Campos, tras barajarse otros nombres, entre ellos el del mismo López Domínguez.

El ejército se organizó en dos cuerpos, cada uno de dos divisiones de infantería que totalizaban siete batallones de cazadores y 23 regimientos de

línea, apoyados por el de caballería de Dragones de Santiago y fuerzas de cuatro regimientos de artillería montada y de montaña, así como de dos batallones de artillería de plaza. Completaban el despliegue fuerzas del 3.º de Zapadores, una sección de telégrafos y teléfonos, Sanidad y Cruz Roja, así como una sección de la Guardia Civil.

Como es sabido, tal fuerza no llegó a emplearse en acción de guerra. Habiendo recibido ya un duro castigo, con escasez de municiones y ante el imponente despliegue, los rifeños pasaron a una actitud pasiva. Las gestiones de Martínez Campos se dirigieron al bajá del campo marroquí, para que con su fuerza de «moros del rey» restableciera el orden en su zona. Por último, se reanudaron las obras en Sidi Guariach, celebrándose allí unamisa de campaña el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, con todo el ejército formado.

Pero quedaban duras y prolongadas negociaciones diplomáticas con el Sultán para exigirle una indemnización, el castigo de los culpables y el establecimiento de una fuerza de policía adecuada que evitara incidentes como los que acaban de suceder. Un gobierno desautorizado por la opinión pública recurrió de nuevo a Martínez Campos como enviado plenipotenciario para una misión que se adivinaba difícil, pero que el general supo conducir con éxito.

Lecciones de la campaña

En el orden militar la campaña no dejó de mostrar, pese a sus reducidas dimensiones, algunas enseñanzas.

La primera de ellas debió ser el no subestimar al adversario. Por dos ocasiones, el empleo de una fuerza inadecuada en número condujo a serios reveses, cuando esas fuerzas se hicieron suficientes para proteger los convoyes el cuadro varió sustancialmente, y al final el gran despliegue de tropas ejerció por su mera presencia una efectiva disuasión al enemigo. El infravalorar a enemigos no europeos era corriente en la época, se pensaba que un ejército civilizado se impondría siempre a «hordas semisalvajes». Sin embargo, pareció olvidarse que la superioridad fundamental del soldado europeo no residía en su valor, disciplina o superiores tácticas, sino en el uso de armas de retrocarga que civilizaciones de cultura y tecnología más atrasadas no podían fabricar.

Cuando un enemigo extraeuropeo disponía de tales armas, caso de los rifeños o de los abisinios (que infligieron una estrepitosa derrota a los italianos en Adua poco después) se podía comprobar que la presunta superioridad del soldado europeo apenas existía, y que sus tácticas eran obsoletas ante el rápido desarrollo de las armas de repetición⁸.

⁸ HEADRICK, Daniel R.: *Los instrumentos del Imperio*. Alianza Universidad, Madrid, 1989; también resulta sugestiva a este respecto la obra de REGAN, Geoffrey: *Historia de la incompetencia militar*, Crítica, Barcelona, 1989.

Curiosamente, tanto rifeños como abisinios habían recibido esas armas de sus enemigos. Una investigación de la Guardia Civil puso al descubierto una red de contrabando de armas desde la propia plaza, con un total de casi 20.000 armas. La Armada también detuvo a varios buques que, con idéntico cometido, partían de Gibraltar y de puertos españoles⁹.

Parecía claro que, disponiendo ambos bandos del mismo fusil Remington, la superioridad del tirador rifeño sobre el pobremente adiestrado recluta español era manifiesta, así que se activó el reemplazo de dichos fusiles por los Mausers. Enviada primero una sección experimental de tiradores, pronto se hizo necesario más, y el crucero «Mercedes» llevó a la plaza desde Alemania unos 10.000 fusiles de este sistema y su munición. Este fue el bautismo de fuego en el ejército español del conocido fusil.

Otra cuestión residía en la táctica, y en ella los rifeños tenían una acusada superioridad sobre las guerrillas y columnas de los españoles. Además, los rifeños eran diestros en construir trincheras, y sus chilabas de color pardo les prestaban una protección considerable. Por contra, los españoles sólo disponían, como mucho, del «rayadillo», evidentemente más pensado para la higiene y comodidad del soldado en climas tropicales que para su ocultación. Parece ser que sólo la guarnición de Melilla disponía de ese uniforme, llegando los refuerzos con el habitual de «ros» con funda negra, capote azul y bombachos rojos que les hacía muy conspicuos.

Incluso se consideró una muestra de baja moral lindando con la cobardía el que algunos oficiales abandonasen su vistoso uniforme por el más discreto de faena, eliminando insignias y otros adornos¹⁰. Nada de esto debe extrañarnos si recordamos la análoga actitud del ejército francés hasta bien entrada la Primera Guerra Mundial.

Otra arma, las ametralladoras, no estuvo representada en la guerra. La prensa indicó que se podían desmontar las que artillaban los buques de la Armada para su uso en tierra, pero tal propuesta cayó en saco roto. Tal vez la poco satisfactoria experiencia del ejército francés en 1870 con tales armas pareció desaconsejar una utilización que, incomprensiblemente, se demoró en exceso: en 1898 los estadounidenses hicieron en el sitio de Santiago un buen uso de esas armas, que estaban llamadas a revolucionar el combate.

Se asistió a la primera utilización del teléfono en campaña, aparato que unía los fuertes con la plaza. Desgraciadamente, al ser las líneas aéreas, fueron cortadas por el enemigo, debiéndose volver a los enlaces, también se utilizaron la heliografía y las señales proporcionadas por la Armada.

La mejor arma de la que se dispuso fue la artillería, aunque con los problemas antedichos de emplazamientos y antigüedad del material (cuyo alcance era igualado por los tiradores enemigos), así como la falta de observatorios adecuados y el escaso conocimiento topográfico del terreno enemigo.

⁹ RODRIGO NOCEDAL, Ramón: *La Campaña de Melilla*, Madrid, 1894, p. 113.

¹⁰ *Ibid.*, p. 110.

Los buques de guerra supusieron también un enemigo que los rifeños no podían afrontar, el gran calibre y alcance de sus piezas ponían a toda la costa bajo su acción, sin arriesgarse más que a algún tiro aislado de fusil. Estebombardeo y el uso de reflectores, también por primera vez por España tuvieron un serio impacto sobre la moral del enemigo.

Pese a la aparente evidencia de todas estas cuestiones, apenas se sacaron conclusiones válidas para el futuro, como se demostró en la siguiente campaña de Melilla de 1909. Se continuó despreciando como combatiente al rifeño y el único experimento para equilibrar sus irregulares tácticas, la sección compuesta por penados al mando del capitán Ariza, se vio siempre como poco digna del ejército y fue rápidamente disuelta tras unos incidentes.

De nuevo debemos de decir que esa actitud era normal en la época e incluso mucho después. Destacados observadores del ejército francés persistieron en una actitud despectiva al enjuiciar las operaciones españolas hasta que, pese a su gran experiencia colonial y bélica, sufrieron a su vez en 1925 una grave derrota a manos de Abd El Krim, y ello aunque disponían de eficientes tropas coloniales, teóricamente muy superiores a los inexpertos y desmotivados soldados españoles de aquella época¹¹.

Una cuestión que preocupaba seriamente a todos los Estados Mayores de la época era la rápida movilización de las unidades, puestas en pie de guerra, y enviadas por tren y vapores al frente. Había sido uno de los factores decisivos en la victoria alemana de 1870. Pues bien, la experiencia fue poco grata: unidades que partieron de Sevilla el 28 de noviembre no llegaron a su destino hasta el 1 de diciembre, siendo los retrasos aún mayores en el caso de unidades cuyos acantonamientos estaban más lejanos del teatro de operaciones.

Completar las unidades fue un serio problema: como hemos visto los batallones apenas rebasaban la cifra de 350 hombres. Esto era fruto de las «economías», pero además, el sistema de movilización no era bueno. Señal, por otra parte, de que el entusiasmo nacional por la guerra no era tan grande como proclamaba la prensa fue que, cuando el Gobierno ordenó movilizar a 80.000 reservistas para llenar los segundos batallones de los regimientos y las unidades en cuadro, estallaron alborotos populares. La situación se resumía en un ejército peninsular que incluía 19.115 generales, jefes y oficiales por 98.446 suboficiales y tropa.

El transporte estuvo mejor atendido, siendo objeto de estudios desde la guerra de Crimea de 1854 y la experiencia de Africa en 1859, o de Cuba en la guerra de los Diez Años. Hubo que recurrir a buques extranjeros, pese al eficaz servicio de la «Trasatlántica» y de algunos transportes de la Armada. En total buques ingleses y franceses hicieron 53 viajes rente a los 164 de los españoles que, sin embargo, llevaron mayor proporción de carga y pasajeros.

La Sanidad era una cuestión de suma importancia dadas las enormes

¹¹ WOOLMAN, David S.: *Abd el Krim y la guerra del Rif*, Oikos-Tau, Barcelona, 1988, pp. 195 y sigs.

dificultades higiénicas y de alojamiento de la plaza en proporción con la gran fuerza expedicionaria. El que las operaciones se desarrollasen en otoño fue una ayuda, pero pese al esmero y la preparación de los sanitarios enviados, se calcula en unas 60 las muertes por enfermedad.

En cuanto a la alimentación, el rancho del soldado consistía en 100 g de tocino, 200 g de legumbres o arroz, 10 g de condimentos, 700 g de pan y cuarto de litro de vino diario. No era una dieta muy distinta de la entonces común en las clases trabajadoras en España, aunque resultaba poco equilibrada y monótona, lo peor, sin embargo, como resaltaron testigos presenciales, era la preparación¹².

El resumen final de las bajas durante la campaña pareció dar la razón a López Domínguez: por heridas en acción de guerra, accidente o enfermedad totalizaron 352 (sin contar los enfermos que sanaron), con un total de 120 fallecidos, la mitad, como ya se ha dicho, por enfermedad. Los recuentos más fiables de parte del enemigo indicaban un total de 345, incluyendo las causadas en los bombardeos de los poblados. Con esta proporción resulta indudable que el castigo y la venganza que exigía la prensa y la opinión más sensibilizada estaban fuera de lugar. Cada baja de los rifeños costaba otra a los españoles, pues su inferioridad táctica apenas estabanivelada por su superioridad tecnológica. Y como ya hemos referido, tampoco quedaba la satisfacción de pagar un alto precio a cambio de obtener nuevos territorios, pues ello estaba vedado por la situación internacional.

La reacción

Pero nada de esto consolaba a los que creían que el gobierno había actuado con suma debilidad y desidia en el asunto. Y a ese malestar se unía el provocado por la crisis política causada por el ascenso electoral del republicanismo o el surgimiento de los nacionalismos periféricos, así como la crisis social puesta de manifiesto por los motines campesinos y al auge del terrorismo anarquista (bomba del Liceo y atentado contra Martínez Campos en ese mismo año). Por lo que la pretensión de que un conflicto exterior uniese al país en una empresa común también fue defraudada.

En el Ejército la resolución del conflicto se juzgó con una mayor dureza incluso que la empleada en otros ámbitos. La prensa militar no ahorró palabras: *El Correo Militar* decía en un editorial que no castigar a los moros: «... es demostrar a la faz de Europa que somos un pueblo degenerado con el que pueden atreverse hasta esos miserables a los que hicimos morder el polvo en 1860... Harto sabemos que las relaciones internacionales suponen deberes a los cuales no se puede faltar, más tratándose de salvajes..., ni ta-

¹² HERNANDEZ MIR, F.: *Impresiones de un viaje a Melilla*, Sevilla, 1894.

¹³ *Ibid.*, p. 67.

les relaciones existen, ni hay ley que obligue a respetarlas, aun cuando existieran... Acudir a la vía diplomática sin que le preceda un acto de fuerza es constituirnos en juguete del caduco imperio marroquí, cuya mala fe es conocida y de la cual tenemos tristes y recientes pruebas... Medítelo el gobierno..., y si no tiene dinero..., tómelo prestado de cualquier parte, que el Ejército, sin necesidad de comisarios regios ni del voto de las Cortes, se compromete a cobrarlo con usura del emperador de Marruecos, y a devolver esas viles monedas envueltas en banderas musulmanas»¹⁴.

Poco después se insiste en el tema de la debilidad de España: «¡Que somos pobres! Que somos débiles dirá algún espíritu pusilánime, ¿y qué? Pues precisamente por eso, porque no tenemos la fortaleza material de otras naciones no nos es lícito consentir lo que éstas en más de una ocasión han consentido. Como el hidalgo venido a menos, exageradamente susceptible en puntos de honra, así los pueblos que a una historia llena de glorias y grandezas tienen que unir un presente angustioso, están obligados a velar por lo único que les queda, es decir, por el honor. ¿Qué será si no de ellos? A merced del primer audaz vieranse de seguro»¹⁵.

La irritación llega al máximo cuando la campaña culmina sin un escarmiento del enemigo: «¡Quién fuera salvaje!..., el salvajismo parece que en estos tiempos de civilización que corren dá derecho a la impunidad. Permite atropellar por todo, ofender a los demás, herir a los inermes, violar el territorio ajeno, cometer toda suerte de atentados, y al ver próximo el castigo, parar el brazo vengador, adoptando la prudente táctica de permanecer en los aduare, en espera de un golpe que allí no ha de llegar, porque hay poderosas intervenciones que lo impiden. Por lo cual, ante ese cuadro de vergüenzas, sólo se nos ocurre decir: ¡Quién fuera salvaje!»¹⁶.

El regreso del ejército merece una esquila en primera página: «Las tropas del Ejército de Africa han comenzado su regreso sin combatir. El general Margallo y los oficiales y soldados muertos en los campos de Melilla quedan allí bajo tierra... ¡Pobre Ejército español! ¡Pobre Patria!» En el editorial titulado «Finis Coronat...», el juicio no puede ser más sombrío: «El año funesto que ha poco terminó se lleva consigo la honra nacional y el prestigio del Ejército, únicos jirones de nuestro antiguo poderío que conservábamos... (sin ellos)..., ¿adónde iremos que no nos desprecien?... si la vida de las naciones fuese tan breve como la de los individuos, diríamos que España se encuentra en este período que precede a la agonía... (se ofrecen confusos remedios y se concluye)..., cualesquiera de estos procedimientos puede aceptarse; todo menos que continuar así, porque la muerte viene del modo peor que puede venir, por consunción»¹⁷.

¹⁴ *El Correo Militar*, de 4-X-1893.

¹⁵ *Ibid.*, 6-X-1893.

¹⁶ *Ibid.*, 4-XII-1893.

¹⁷ *Ibid.*, 2-I-1894.

Como vemos, el ejército se sintió muy ofendido con el gobierno, y algunos sectores pensaron en substituir al propio régimen¹⁸. Tal actitud no se concretaría en la propuesta de un régimen militar (al menos en exclusiva), pero resultó claro en lo sucesivo que no volvería a dejarse imponer soluciones timoratas del podercivil, ni aceptaría en lo sucesivo críticas de éste u órdenes que fueran en contra de su prestigio. La sensación de fracaso fue aún mayor cuando las indemnizaciones se retrasaron y redujeron, mientras que continuaban produciéndose nuevos incidentes en la zona y se hacían necesarias nuevas demostraciones navales. Peor aún, pronto se tuvo la seguridad de que la prudencia mostrada en Melilla había animado a los insurrectos cubanos en 1895, al pensar que España daría de nuevo muestras de indecisión en el uso de la fuerza.

Y en esa coyuntura conviene recordar cuál fue la respuesta de algunos oficiales ante lo que consideraron críticas de la prensa. Esto y el asunto anejo de la jurisdicción en causas semejantes fueron desencadenantes de la dimisión del presidente Sagasta a raíz de la «crisis de El Resumen».

En los años siguientes el protagonista militar fue en aumento, con las figuras de Martínez Campos, Weyler y Polavieja, estos dos últimos completamente decididos a realizar una política de fuerza en Cuba y Filipinas sin cortapisas de ningún género, gastando «hasta la última gota de sangre y la última peseta» en una lucha desesperada que sólo tuvo fin en el «desastre del 98».

Luis Morote, corresponsal en Melilla y testigo de los hechos (estuvo cercado en Cabrerizas) reconocía en esa situación cómo había comenzado todo: «Gozábamos ya de 15 años de paz. Todos los partidos habían hecho esfuerzos sobrehumanos para acallar sus rencillas. Acababa de celebrarse con gran pompa y honor el cuarto Centenario del Descubrimiento de América... el comienzo de nuestra rehabilitación por el rabajo en el concepto del planeta civilizado. El militarismo, especie de enfermedad crónica de la raza había desaparecido... Y de pronto, los sucesos de Melilla, al parecer sin importancia, daban al traste con la paz, con la naciente prosperidad y riqueza del país, con las economías, con los proyectos salvadores de Ultramar, con la supremacía del poder civil..., con la salud de la Patria..., con las libertades. EL eje de la política española estaba en el presupuesto de la paz, en el ideal de vivir honradamente como pobres para poder un día aspirar a ser otra vez fuertes y prósperos. El eje de la política española se trasladó el presupuesto de la guerra, aunque sin lograr por ello, puesto que no éramos ricos y tales cosas no se improvisan, tener un Ejército»¹⁹.

¹⁸ Para la cuestión es muy sugeridor el panfleto *Los sucesos de Melilla, Cartas del Capitán Martín*, Madrid, s.f., 129 pp.

¹⁹ Apud SECO SERRANO, Carlos: *Militarismo y civilismo en la España Contemporánea*, IEE, Madrid, 1984, pp. 221 y sigs. Para la valoración de toda la cuestión es muy relevante NUÑEZ FLORENCIO, Rafael: *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*, CSIC, Madrid, 1990, especialmente en cap. II «La vergüenza de Melilla», pp. 115 y sigs.

Resumen

La cuestión de Marruecos estuvo abierta en la sociedad española de la Restauración de forma constante, adquiriendo progresivamente, al compás de los sucesivos incidentes y crisis, una mayor importancia.

En el periodo estudiado, 1885-1898, las apetencias españolas, claramente expansionistas, se vieron frustradas por la concurrencia internacional sobre un país débil, potencialmente rico y con grandes posibilidades como mercado, aparte de su importancia estratégica.

El conflicto de Melilla en 1893, fue considerado como una ocasión inmejorable para que España consiguiera una ventaja decisiva sobre las otras potencias en la cuestión de Marruecos. Pero la falta de una política exterior definida y firme, la mala situación política, social y económica del país, unida al mediocre estado del Ejército, impidieron que las apetencias españolas fueran satisfechas. La frustración fue evidente en el Ejército, que acusó al gobierno de debilidad, abriéndose un proceso, del que Marruecos sería siendo protagonista, que culminaría en el siglo xx.